

1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla

MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA*

Mil cuatrocientos sesenta y dos fue probablemente el año más brillante y pródigo en sucesos favorables para Enrique IV, pero también aquél en que se manifestaron las primeras fisuras y crecieron los síntomas de la quiebra y crisis que amenazaba al edificio de su reinado. Más aparentes eran los primeros, «todas estas cosas de tan alta prosperidad e honra temporal», y añade su cronista Diego Enríquez del Castillo que la bonanza habría permanecido «sí la deslealtad no le fuera contraria e pudiera enclavar la rueda de la fortuna, que nunca se trastornara»¹. Vano empeño, el de detener en su giro al símbolo por excelencia de la vida política en el siglo XV, pero, al menos, durante 1462 parecía propicio: en el ámbito interior de Castilla la situación económica era muy próspera, lo que permitía arriesgar, incluso, un nuevo proyecto de reforma y tasa monetaria². Nació la princesa heredera Juana a finales de febrero; el *privado* del rey, Beltrán de la Cueva, era promovido al título de conde de Ledesma y al maestrazgo de Santiago, y enlazaba por vía matrimonial con los Mendoza, lo que permitía al rey mayor margen de maniobra política, o al menos de elección, frente al todopoderoso Juan Pacheco, marqués de Villena. En la frontera de Granada caían durante el verano, sin gran esfuerzo, plazas tan importantes como eran Archidona y Gibraltar. Mientras tanto, Enrique IV se veía requerido para que tomara la dirección de la política peninsular y

* Universidad Complutense. Madrid.

¹ ENRIQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica de Enrique IV*, cap. XLV. BAE vol. 70.

² F. mis trabajos «Moneda y tasa de precios en 1462. Un episodio ignorado en la política económica de Enrique IV de Castilla», en *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*. Barcelona, 1982. pp. 114-142, y, «La política monetaria en la Corona de Castilla, 1369-1497», *En la España Medieval* (Madrid), 11 (1988), pp. 79-123.

mediterránea que diversos miembros de la Casa de Trastámara habían desarrollado en uno u otro terreno: el bando beamontés lo reconoce de hecho como protector, en Navarra, tras la muerte del príncipe de Viana y cuando fallece la hermana de éste — y primera mujer de Enrique — Blanca, en abril de 1462, lega a su ex marido los derechos que pudiera tener al trono navarro. Los catalanes sublevados contra Juan II negocian su ayuda y lo proclaman rey en agosto. Más allá el juego político italiano lo busca como aliado de unos u otros: Nápoles, Roma, Génova y Venecia envían embajadas con estos propósitos a lo largo del año, y es posible también que la del rey de Túnez haya sido, más que un intento de apoyo a Granada, un movimiento precautorio ante la posibilidad de que el monarca castellano proyectara ampliar sus planes de cruzada en combinación con aquellas incitaciones italianas: no se olvide que la indulgencia de cruzada y el subsidio eclesiástico seguían cobrándose en 1462³.

Aquella buena racha se vería truncada por el doble juego del marqués de Villena y otros magnates castellanos, temerosos o molestos ante una posible pérdida de poder, por la astucia diplomática de Juan II de Aragón y por el triunfo del interés político de Luis XI de Francia, que prefirió evitar la hegemonía castellana al S de los Pirineos aun a costa de quebrar la vieja alianza entre ambos reinos. Pero tales sucesos corresponden a 1463 y, además, no es objeto de este artículo volver sobre cuestiones bastante conocidas ya⁴, salvo como introducción para entrar en el estudio de otras que lo son mucho menos, por pertenecer a ese mundo cotidiano de la «pequeña historia», que a menudo no es tan intrascendente como algunos opinan.

Nos da la posibilidad de hacerlo la conservación de unas amplias y minuciosas cuentas del camarero del rey, Juan de Tordesillas: son las únicas que se conocen de todo el reinado, y su lectura es una fuente continua de noticias sobre el rey, su entorno humano inmediato, y diversos aspectos de su *cámara* y *casa*. No todos, ni mucho menos, pues bastantes de los relativos a la vida privada y, sobre todo, a la organización de la Corte, permanecían fuera de las competencias del camarero real: la despensa, la caballeriza, el pago de *raciones*, la cera, una parte de la *acemilería*, y de las obras en alcázares, fortalezas y casas reales, o no se incluyen o dan lugar a menciones margina-

³ Sobre la situación financiera de la Corona *Vid.* aparte de mi libro, *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*. La Laguna de Tenerife, 1973, mi estudio «El cargo de Diego Arias Dávila en 1462». *Tiempo, Espacio. Forma* (Homenaje al Prof. E. Benito Ruano), 4 (1989), pp. 271-293.

⁴ Las noticias generales que manejo en este trabajo y que no procedan de la cuenta de Juan de Tordesillas o de los cronistas, han sido tomadas del magno estudio de SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., en el tomo XV de la *Historia de España*, dir. R. Menéndez Pidal. Madrid, 1966. De su libro en colaboración con RODRÍGUEZ VALENCIA, V., *Matrimonio y derecho sucesorio de Isabel la Católica*. Valladolid, 1960. AZCONA, T. de, *Isabel la Católica*. Madrid, 1964. DEL VAL, M.^a I., *Isabel la Católica, princesa (1468-1474)*. Valladolid, 1974. PHILLIPS, D., W.: *Enrique IV and the Crisis of fifteenth-Century Castile, 1425-1480*. Cambridge, Mass. 1978. VICENS VIVES, J., *Juan II de Aragón (1398-1479): Monarquía y revolución en la España del siglo XV*. Barcelona, 1953. MORALES MUÑOZ, M.^a D.-C., *Alfonso de Avila, rey de Castilla*. Avila, 1988. TORRES FORTES, J., *El príncipe don Alfonso, 1465-1468*. Murcia, 1985 (2.^a ed.).

les. Tampoco se integra en estas cuentas la Casa de la reina. Su importe corresponde a lo que es estrictamente la Cámara del rey y oscila, como los años inmediatos, en torno a los cinco millones de maravedíes, sumando dinero, paños, tejidos, plata y joyas, según puede leerse en el resumen general incluido en el apéndice⁵.

No obstante, la lectura de sus casi mil asientos o partidas facilita numerosísimos datos. Permite, ante todo, reconstruir con gran detalle el itinerario del rey, en combinación con otra cuenta aún más fidedigna en este terreno, la del boticario real Ferrán López, que día a día facilitaba a Enrique IV medicinas, cocimientos, azúcar y otros remedios⁶: puede comprobarse, así, que los itinerarios basados en documentos públicos no siempre son exactos, pues podían expedirse —aun con la firma del rey— en localidades donde el monarca no estaba en ese momento⁷.

En las páginas siguientes nos acercaremos a diversos aspectos de la vida y persona de Enrique IV: su atuendo, sus armas, las ropas de su mesa y cama, su salud; sus devociones, aficiones, limosnas y liberalidades; sus residencias; su pasión por la caza y los animales salvajes; el reflejo de sus relaciones políticas sobre la vida cotidiana. Y podremos también añadir noticias sobre las personas próximas al rey: la reina y sus damas, la princesa recién nacida, los infantes Alfonso e Isabel; el privado Beltrán de la Cueva; los tres donceles de máxima confianza regia (Gonzalo de León, Andrés Cabrera, Alonso de Herrera); numerosos cargos y personas, en fin, de su Casa y Corte, incluyendo el servicio de guardia, que integraba, entre otros, a los «caballeros moros y moriscos». He procurado evitar la prolijidad, descargando muchos datos en notas, cuadros y apéndices, pero también recoger los que me parecían más significativos, ante la imposibilidad de publicar ahora la transcripción íntegra de la cuenta de Juan de Tordesillas.

1. ROPAS, PAÑOS Y ARMAS

La Cámara suele subdividirse, según las cuentas, en «de las ropas», «de los paños» y «de las armas». Viajaban con ella, en los continuos desplazamientos regioes, arcas de joyas, plata de la vajilla, y de los ornamentos de la capilla. Para cada ocasión se contratava la accmilería necesaria, y a veces alguna carreta: lo más frecuente es un promedio de 85 acémilas —entre 70 y 100 detallan las cuentas—, pero cuando el rey viajaba solo o ligeramente, por ejemplo «corriendo monte», bastaban entre 11 y 19. Además, era preciso

⁵ La cuenta de Tordesillas en Simancas, Casa y Sitios Reales, leg. 97, f. 199-317. Está ordenada cronológicamente, mezclando los más diversos conceptos, y concluye con el finequito firmado por el rey en Almazán, a 18 de enero de 1463. Sigue a la cuenta general de Diego Arias Dávila que he estudiado en el trabajo citado en la nota tercera, y a la del boticario real Ferrán López.

⁶ V. el itinerario reconstruido, en el apéndice de este trabajo.

⁷ Cfr. TORRES FORTES, J., *Itinerario de Enrique IV de Castilla*. Murcia, 1953.

comprar «lías de cáñamo», jerga y lienzo basto para completar los elementos de embalaje que tenía la Cámara. Los precios de alquiler son siempre de 12 maravedies/día por acémila y 25 por carreta, y la mitad para los viajes de retorno que, además, al hacerse de vacío, eran más rápidos.

A) La vestimenta

«Fue su vivir e vestir muy honesto. Ropas de paños de lana del traje de aquellos sayos luengos, y capuces e capas. Las insignias e cerimonias reales muy ajenas fueron de su condición.» (D. Enriquez del Castillo).

«No bebía vino, ni quería vestir paños muy preciosos, ni curava de la cirimonia que es devida a persona real.» (H. del Pulgar).

«Caeterum cum saepe a multis lepide argueretur quae non regio sed communi uteretur habitu, respondit quia regalis dignitatis alius debet esse testis quam purpurae aut preciosa vestis.» (R. Sánchez de Arévalo).

«Usaba siempre de lúgubre aspecto, sin collar ni otro distintivo real o militar que le adomase; cubría sus piernas con toscas polainas y sus pies con boreguies u otro calzado ordinario y destrozado... Cubría siempre su hermosa cabellera con feos casquetes o con cualquier indecorosa caperuzas o birrete.» (A. de Palencia).

Los textos de los cronistas nos sirven, en ésta y en otras ocasiones, para introducir la cuestión de que se trate y comparar la opinión que manifiestan — siempre adversa y biliosa en Palencia— con lo que las cuentas indican: el resultado dice mucho en favor de la capacidad de observación y de la exactitud, tantas veces puesta en tela de juicio, de aquellos autores⁸. Nuestros documentos no mencionan joyas, collares u otros objetos de uso personal que podamos considerar como insignias de la realeza o, al menos, de distinción. Respecto a la ropa, es cierto que hay pocas menciones a sedas, salvo en los jubones, y un predominio total de los paños de lana, lo que implica cierta renuncia a la ostentación. Y es cierto, también, que los colores preferidos por el rey son siempre «prietos» y «pardillos», alguna vez verdes (incluso hay un sayo de «verde gay»). Pero Enrique IV vistió, o al menos pudo hacerlo, con toda dignidad y abundancia, de modo que si el «extremado descuido en el vestir» a que alude Palencia fue cierto alguna vez, lo sería por voluntad del rey pero no por escasez de medios a su disposición en la Cámara.

En 1462 se hizo Enrique IV nueve jubones, 14 sayos, cuatro capuces, cuatro pares de calzas, cinco caperuzas, dos lobs, un pelote, una capa y tres gabanes, amén de la ropa interior: 18 camisas, nueve pares de «pañetes», ocho escarpines. Más un sombrero y 16 bonetes doblados o sencillos, 29 pares de boreguies y 39 de zapatos.

⁸ Los retratos de Enrique IV en ENRIQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica...* cap. I. HERNANDO DEL PULGAR, *Claros Varones de Castilla*. Oxford, 1971, ed. R. B. Tate, pp. 4-11. PALENCIA, A. de: *Crónica de Enrique IV*. BAE, vol. 257. Década I, Libro I, cap. II. SÁNCHEZ DE ARÉVALO, R., *Compendiosa Historia Hispánica*, cap. XXXIX (incluido en la edición de la *Crónica* de ENRIQUEZ DEL CASTILLO, Madrid, Sancha, 1787).

Es probable que el rey no usara mucho cada ropa de las que se acumulaban en la Cámara, al cuidado de Alfonso de Sahagún, y que pasaran después a manos de otras personas pero, a poco que lo hiciera, tenía donde elegir. El vestuario se va renovando a lo largo del año, aunque en 1462 sobre todo en los días centrales de enero, febrero, junio y octubre, e inmediatamente antes de Navidad.

Enrique IV viste los mejores paños extranjeros de lana: «Contray», Brujas, Londres, Ruán «mayores». Alterna los jubones de paño con los de seda y terciopelo, o bien emplea la seda en mangas y cuello. Pero reserva el paño «pardillo» de Segovia para los sayos que viste «para monte». Su hábito suele ser a la europea, pues, al menos en 1462, sólo se hizo un «pelote largo» labrado con seda «a la morisca», en el mes de junio. Sus camisas son del mejor lienzo de «olanda», y utiliza borceguíes y zapatos, según la ocasión. El rey no parece tener sastre propio sino que apela a «traperos», tundidores, zapateros y cinteros, camiseras y sastres de Segovia, y a veces de Madrid, Toledo o Valladolid. Es cliente de cristianos, pero también en ocasiones de judíos y musulmanes: entre éstos destacan el «traperero» y colchonero Simuel Meme o el sastre don Ysaque, en Segovia, y también Abraham de Guadalajara, «mi çapatero», y otro mudéjar llamado Mahomad, vecino de Madrid, aunque el zapatero habitual es Gonzalo de Medina, así como dos carpinteros mudéjares —Mahomad Mantequero y Gomar Castaño— que hacen las arcaes de madera forradas de paño azul donde viajan la ropa y la vajilla del rey.

Es, en conclusión, un atuendo personal sencillo, que trae a la imaginación el supuesto y conocido retrato del Códice de Stuttgart, pero no misero. Las cuentas muestran la imagen de un rey que no buscaba en este aspecto nada extraordinario, sino lo que pudiera ser hallado cotidianamente en las tiendas y talleres de Segovia, Madrid o Toledo. Claro está que en una época de desmesura en el lujo y de vinculación entre majestad y pompa, aquello podía parecer a muchos nobles y cortesanos demérito de la real persona.

B) El armamento

Máxime porque Enrique IV no compensaba aquella modestia en su vestimenta civil con mayor ostentación y uso de los aparejos militares. En 1462 hubo una buena ocasión para hacerlo, cuando la Corte se desplazó a Agreda y hubo entradas o escaramuzas en la frontera de Aragón. Cincuenta y cinco acémilas llevaron muchos paveses, lanzas y ballestas de la «cámara de las armas», pero no hay noticia de alardes o paradas militares sino sólo de la puesta a punto de las espadas, armadura, capacetes, quixotes, baveras, corazas, adargas, ballestas y arneses, así como de las sillas ginetas que el rey solía usar⁹. Fue preciso incluso «ensangostar»

⁹ PALENCA afirma: «Prefirió, a la usanza de la caballería árabe, la gineta, propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos». Y ENRIQUEZ DEL CASTILLO: «Era gran cabalgador de la gineta, y usábala de continuo, tanto que los del reyno a su exemplo conformados dexaron la polecía de ser hombres de armas». Esto puede que sea cierto en el nivel cortesano, pero la jineta era de uso preponderante en Andalucía desde mucho antes.

dos corazas regias en Agreda, a finales de agosto, para que el rey pudiera utilizarlas con comodidad, y comprar algunas piezas a principios de septiembre: tres pares de corazas, otros tres de gocetes, un capacete y un gorjal, una falda de acero, así como tres caballos en noviembre, que se añaden a otro adquirido en julio «para traer la lanza de continuo». No parece, desde luego, que el cuidado, uso y almacenamiento de armas hubiera sido grande con anterioridad, sin duda por la falta de afición regia.

C) Tapicería y camas

El confort que rodeaba al rey en sus continuos desplazamientos no era, a decir verdad, mucho. Uno de sus elementos principales eran los «paños franceses» o «de Ras» (de Arras), para cubrir paredes, asientos y suelos: paños grandes de pared, banales, paños de espalda, almohadas y cojines, antepuertas, «almofrexes», alfombras, alcatifas, «reposteros» con las armas reales... Los paños se guarnecían en su reverso con lienzo basto, pero el desgaste era grande y las reposiciones frecuentas: en 1462, el camarero Juan de Tordesillas dio de baja dos banales grandes, cuatro antepuertas, cinco alfombras, cinco alcatifas y 12 reposteros. Pero, al mismo tiempo, el contador mayor Diego Arias Dávila adquiriría en las ferias de mayo y octubre de Medina del Campo, siete paños «de la estoria del rey Alixandre desde que nascio fasta que murió», otros dos de la «estorya de las syete virtudes», dos más «de la estoria del triunfo de las damas» y uno «de la estoria de los viçios e virtudes»: cada uno de ellos exigió 43 varas de lienzo para guarnecerlo, lo que da idea de sus grandes dimensiones. Las menciones a los temas que tratan diversos «paños» es siempre curiosa: «estoria de unos salvajes», «una liça de salvajes que pelcan con una sierpe», «Unos cavalleros e damas que andan a caça de aves», o bien la «estoria de otras damas e escuderos», o, simplemente, «arboledas».

El servicio de cama era otra preocupación constante del camarero y del «repostero de camas», incluso en detalles menores pero importantes durante el invierno: el 18 de enero se compraba un «escalentador» de cobre para el lecho regio, con sus servicios auxiliares —palas y cazos para la brasa—. Enrique IV siempre viajaba con los accesorios de cama y mesa, en arcas «ensayaladas», y envueltos en lienzos, frisas y jergas bastas, de las que hay un consumo continuo¹⁰, pero sus frecuentes estancias en Segovia le decidieron a instalar una cama que «estouiese de continuo en los mis palacios»: el «traperero» Simuel Meme facilitó a tal efecto lienzo de Bretaña para los cuatro colchones que se requerían (18.5 varas por unidad), de Flandes para las sábanas (15 varas por unidad), de «Olanda» para las almohadas (dos varas por unidad), con cintas de

¹⁰ En la partida núm. 185 de la cuenta, se reconoce el gasto durante el año de 80 varas de lienzo basto de cañamazas o bitre, 20 de frisa blanca, 25 de jerga, 13 docenas de lias de cáñamo y esparto, 10 arcas «ensayaladas».

seda anaranjadas y moradas, y fundas de lienzo basto, más nueve arrobas de lana lavada y convenientemente vareada por un maestro colchonero. Los «paramentos» o colchas de sargas moradas y verdes, y media docena de cojines, completaban el mullido conjunto, cuyo costo ascendió a unos 7.500 maravedíes. Además, Enrique IV tenía al menos dos camas en la Cámara, y otras dos «ricas» en el alcázar segoviano, guarnecidas con lienzos bastos y cordobanes, la una «chapada de quatro paños de la estoria de los cavalleros e damas de Troya» y la otra «de tres paños bordados de la estoria de una dama que está asentada en una sylla rica».

D) Comidas, aseo, salud

Menos todavía se lee en las cuentas sobre la mesa del rey y su servicio, pero también de interés: los lienzos de «Olanda» y Flandes «delgado» que se utilizaban en «dos pares de haçalejas con que me sirvieron en este dicho año el manjar», en las 10 docenas de «pañizuelos de mesa», y en los seis pares de «touajas» para la vajilla. Los «manteles reales» serían también de lienzo, y se cita especialmente a los «manteles de Buytrago... en que se pone la plata de la mi baxilla».

Espejos, cuchillos de mesa, peines, cepillos o «escobillas» de ropa, perfumes de «estoraque», de «ánima» y «sevillanos», completaban aquel conjunto de enseres cotidianos, cuyo gasto y reposición era continuo. Para el servicio de baño el rey contaba, por lo que sabemos, con «tres bacinas grandes».

La cuenta del boticario Ferrán López merece un estudio histórico-médico para determinar hasta qué punto las continuas infusiones, gargarismos, emplastes, ungüentos y otros remedios que se aplican al rey son consecuencia de manías o de auténticas enfermedades. El consumo de azúcar «rosado», frutas confitadas, membrillos y otros dulces nos lo muestra como un desenfrenado goloso:

«Con dificultad entendía en cosa agena de su deletación, porque el apetito le señoreaba la razón.» (H. del Pulgar).

«Su comer más fue desorden que glotonía, por donde su complexión en alguna manera se corrompió, e así padecía mal de la ijada, y a tiempo, dolor de muelas; nunca jamás bebió vino.» (D. Enriquez del Castillo).

Uno de aquellos «tiempos» fueron los días 19 y 20 de abril cuando, leemos en la cuenta, «yo me sentí enojado de la yjada e de oydo e de las muelas». El rey recurrió a los remedios clásicos: se hizo comprar medio azumbre de aguardiente, lo usó con «çiertas vendas e tiras», se puso también «una beca grande, la cual se aforró toda en martas zebellinas», y, como tantos creyentes de la época, apeló al prodigio y llamó al «cura de la yglesia de Sant Blas de Segovia, que me llevó çiertas reliquias de la dicha yglesia, que estaua enojado de la garganta».

Las menciones a médicos reales son muy escasas en las cuentas, pues ni siquiera aparece uno de los habituales, que es el judío Maestre Semaya. Sólo Maestre Martín y el Doctor de Avila, así como —lo que es un detalle interesante— dos «fisycos del rey de Portugal, que a mi vinieron»: Don Mose Aboacar y don Ça, su hijo, a los que el rey obsequia con esplendor en noviembre (16.000 mrs. y 10 enriques de oro).

Poco aportarán estos datos a la historia clínica del monarca pero, al menos, las notas sobre sus costumbres alimenticias y medicinales, y el futuro estudio de la cuenta de su boticario, podrían aclarar a que enfermedad corresponde aquel crónico «mal de la ijada»¹¹.

2. DEVOCIONES, LIMOSNAS Y LIBERALIDADES

A) La capilla real

Las cuentas distinguen entre la «capilla rica» y la «capilla de contino», pero apenas dan noticias sobre su actividad, si no es para referirse a un suceso extraordinario, como fue el robo que sufrió en Madrid, durante el mes de febrero, precisamente «la noche que fise sala —declara el rey— al dicho conde de Armiñaque». Enríquez del Castillo se hace eco de otro robo semejante de la cámara —a no ser que sea el mismo y esté confundiendo fechas y situaciones— durante la embajada que envió el duque de Bretaña en 1460, y señala que hubo en la fiesta, en los «aparadores del rey», por valor de 20.000 marcos de plata dorada¹². Los autores habrían sido dos escuderos, a quienes el mismo monarca vio cometer el delito pero no quiso castigarlos. Y, por cierto, este tipo de robo, que se excusaba en parte por la calidad de quienes lo cometían, aparece en un contexto distinto pero contemporáneo, según lo narra Fray José de Sigüenza a propósito del monasterio Jerónimo de Guisando:

«De lo poco que había de esto (plata) en Guisando puso mucha codicia en un escudero: como no le sobra a este linaje de gente nada, y están mucho tiempo ociosos, consideran despacio su pobreza y su hidalguía, y tratan de remediarla a la más poca costa que pueden. Parecióle a Gonzalo, que así se llamaba nuestro escudero, que con la plata del monasterio de Guisando saldría de lacería...»¹³.

¹¹ MARAÑÓN, G., *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*. Madrid, 1947, sigue siendo la mejor aproximación a estas cuestiones.

¹² ENRIQUEZ DEL CASTILLO: *Crónica*...cap. XXIV. Hay que tener presente que la Crónica fue deshecha en 1467, cuando Segovia fue tomada por los partidarios del infante-rey Alfonso, y Diego Enríquez la recompuso muchos años después, no siempre con exactitud cronológica.

¹³ SIGÜENZA, J., *Historia de la Orden de San Jerónimo* (1600). Madrid, 1909 (ed. de J. Catalina García), Libro II, cap. 14.

Nuestro documento no contiene apreciaciones tan sutiles sobre las causas específicas del latrocinio entre los hidalgos, aunque es muy probable que Enrique IV las compartiera. Se limita a mencionar el robo, al joyero de la reina, de «un par de touajas ricas de Cambrey labradas con oro e seda», y la recuperación de dos cálices y dos candeleros de plata, rotos, que el rey mandó rehacer «más rico y dorado que de antes era».

Pocos datos más: hay tres sacristanes --Diego Sánchez de Cuenca, Cristóbal y Toribio Ginés—, algunas celebraciones de misas extraordinarias, aunque Enrique IV las encargaba también en los monasterios segovianos y solía oírla en la Iglesia Mayor. Y una reactivación navideña que conlleva el encargo de un altar, estrado, bancos de madera y un «fascistol de madero», y, sobre todo, el que se entreguen el día 22 de diciembre a Rator, uno de los capellanes y cantores, 9.000 mrs. «Para conprar todas las cosas que fueron menester para las Marías e ángeles e pastores e profetas, para la remembranza del nascimiento de Nuestro Señor de la noche de Navidad». Recordemos que el rey la pasó en Almazán, lejos de su residencias habituales.

Apenas hay noticias sobre la piedad personal del rey, pues casi todas ellas son de carácter ritual o consuetudinario. Así, a comienzos de julio envió a la iglesia de Santiago de Compostela 22 varas de brocado verde rico, para ornamentos, pues «fue estonçes el jubileo». Y en agosto hizo encuadernar con terciopelo negro y plata dorada un «libro de oras y luminado» o «rico», que había enviado a la cámara real Diego Arias Dávila. Hay que retener el dato porque acaso es el mismo libro que figura años más tarde en la testamentaria de María Enriquez, segunda mujer de Beltrán de la Cueva: «Un libro de oras, rico, guarnecido en terciopelo negro e raso negro, de dentro con sus manillas de plata doradas, esmaltadas¹⁴.

B) El canto y la música

«Éra grand músico e tenía buena gracia en cantar e tañer e en fablar en cosas generales.» (H. del Pulgar).

«El tono de su voz dulce e muy proporcionado; todo canto triste le daba deleyte: preciabase de tener cantores y con ellos cantaba muchas veces. En los divinos oficios mucho se deleytaba. Estaba siempre retraydo; tañía dulcemente laúd; sentía bien la perfección de la música: los instrumentos de ella le placían.» (D. Enríquez del Castillo).

Junto con los clérigos que actuaban sólo como capellanes, tal como Manuel Gil, que era arcipreste de Segovia, había otros que además eran tenores: el ya citado Retor, y Alonso Martínez de Santa Gadea. El rey disponía de un cantor principal, Cristóbal de Morales «el mozo» o «el del duque», y de varios

¹⁴ RODRÍGUEZ VIELLA, A., *Bosquejo biográfico de don Beltrán de la Cueva*. Madrid, 1881, doc. 61, p. 244.

organistas fijos —Juan de Brihuega, Juan de Castro— que cuidaban de dos pares de órganos, dos «esclauçeimbaños» y varios monocordios que viajaban con la cámara real. La nómina de sus tañedores de cámara, con los que tiene diversas atenciones por valor de más de 30.000 mrs., estaba compuesta al menos por siete personas¹⁵. Todo confirma, pues, la apreciación de los crónistas.

C) Limosnas y liberalidades

«Era ome piadoso e no tenía ánimo de fazer mal ni ver padescer a ninguno.» (H. del Pulgar).

«A los enfermos caritativos, y limosnero de secreto.» (D. Enríquez del Castillo).

Aunque pocas cosas «de secreto» podría hacer un rey con su camarero al lado, pero al menos las cuentas de 1462 parecen confirmar el buen natural enriqueño, manifestado en más de 60 limosnas, cuyo importe total en dinero o paños —93 varas— alcanza los 33.000 mrs. Pero lo que más puede interesar es la variedad misma de sus circunstancias y cuantías, que tienen en consideración, no podía ser de otro modo entonces, la «calidad» de las personas. Así, las más altas son para escuderos enfermos o ancianos (casi siempre por encima de 500 mrs., y una de 10 enriques). Otros 40 hombres y 10 mujeres, en números redondos, son también beneficiarios, así como grupos de pobres que piden a la puerta de la Iglesia Mayor, en Segovia o Toledo, algún fraile jerónimo, un ermitaño «de cerca de Soria» y una «muger hermitaña de La Puebla», varios locos como «don Alvaro de Alcántara» y Fernando del Castillo, «dueñas envergonçantes», mujeres criando, una «moça tollida» de Agreda, y otros casos similares que desfilan por el breve escenario de miserias y dolores que es, en este aspecto, la cuenta del camarero. Incluso recibe limosna de 2.000 maravedíes el mismo limosnero real, fray Alonso, que estaba herido.

Hay que considerar aparte la gran limosna de Jueves y Viernes Santo —15 y 16 de abril de 1462—, pues tiene un carácter más ritual. El rey fue «a tener la Pascua a Segovia», y allí, «el jueves de la çena», lavó los pies a 13 hombres y una mujer pobres, se los limpió con cinco varas de lienzo de Flandes, les repartió otras cien de paño «pardillo» de Segovia para su vestimenta, y 10 mrs. a cada uno para la comida del día. Además «en çiertas yglesias e monasterios que yo fui andar las estaciones» repartió 60 reales de plata y al siguiente día, «Viernes de la cruz», ofreció 13 enriques de oro «a la cruz en la yglesia de Santa María la Mayor» e hizo repartir a su camarero limosna de dos reales de plata a cada uno de 250 pobres. De modo que en ambos días se empleó la suma de 19.605 mrs.

¹⁵ Son: Juan Damián, Pedro de Peñafiel, Juan de Antequera, Juan de Badajoz, Bernal Ferrer, Gonzalo de Niebla, Diego de Madrid.

La Navidad era el otro momento anual de generosidad obligada, aunque con muy diferente significado, no penitencial sino de regocijo. El rey la celebraba según costumbres festivas al uso, que conocemos ya a través de alguna crónica de aquel tiempo, pero no tenía por qué llegar a los extremos de ostentación que practicaba, por ejemplo, su condestable Miguel Lucas de Iranzo, en Jaén, como nuevo noble¹⁶, de modo que las cuentas sólo mencionan dos tipos de gasto extraordinario, ambos relativos a la liberalidad regia con sus allegados inmediatos.

Unos son las pérdidas, siempre intencionadas, en el juego de dados, que se practicaba en Nochebuena y durante los días siguientes: el rey pierde 420 enriques y 100 doblas... «Los quales yo perdí a los dados e me los ganaron el dicho conde de Ledesma e otros caualleros que conmigo jugaron aquella noche», o bien, en otra sesión, la misma reina Juana y su doncella Braçayda. E incluso regala 30 doblas a su doncel Andrés Cabrera, para que pueda jugar.

El otro gasto son regalos y aguinaldos, también en oro (242 enriques y 20 doblas), hechos el día de Navidad y los dos siguientes. Lo más sencillo es enumerarlos, para comprobar que se trata de personas vinculadas al afecto o a las aficiones del rey, aparte de la ofrenda hecha para la misa navideña:

Ofrenda de la misa	20 enriques
Infantes Alfonso e Isabel	100 enriques
Andrés Cabrera	30 enriques
Gonzalo de León	20 enriques
Fernando, contador de la despensa	7 enriques
Juan Damián, tañedor de cámara	30 enriques
Diego de Madrid, tañedor de cámara	10 enriques
Retor, capellán y cantor	20 doblas
Alvar Ferrández, organista	10 enriques
Alfonso de la Carrera, trompeta, y sus compañeros	15 enriques

3. MONJES, FRAILES Y FUNDACIONES

«Este rey fundó de principio los monasterios de la Virgen de Santa María del Parral de Segovia e de Sant Geronimo del Paso de Madrid, que son de la Orden de Sant Geronimo, e dotoles magníficamente, e otrosí el monasterio de Sant Antonio de Segovia de la Orden de Sant Francisco, e fizo otros grandes hedeficios e reparos en otras muchas iglesias e monasterios de

¹⁶ *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*, ed. J. de Mata Carriazo, Madrid, 1940, cap. V y VII, años 1460 y 1461. «La Nochebuena de Navidad, después de oydas las biésperas y venido a su posada, se metió al juego de los dados, con muchos caualleros e gentiles onbres e ricos mercaderes e çibdadanos de la dicha çibdad (Jaén), más por eçelencia e fin de franquear que por cobdiçia de ganar. Y en tanto que el juego duró, quier perdiere o ganase, tanto tenía que ver y mirar a unos y a otros, y dar y repartir doblas y enriques, con muy graçiosos y donosos motes, que muy poco miraua los dados ni la suerte que echaua...» «En el qual juego de dados, e dar e repartir e façer merçedes pasó el tiempo la Nochebuena, e la noche de biéspera del año nueuo, e la noche de biéspera de los Reyes...»

sus reinos, e dioles grandes limosnas e fízoles muchas mercedes.» (H. del Pulgar).

«Grande edificador de iglesias e monasterios, y dotador y sustentador de ellos: dábase a los religiosos e a su conversación.» (D. Enriquez del Castillo).

El interés de Enrique IV por la reforma o promoción de algunas órdenes religiosas —en especial jerónimos y franciscanos— se mezcló por aquellos años con la exacerbación de la polémica sobre los judeoconversos y con el primer proyecto de establecer la Inquisición, que tuvo lugar en 1462 (bula *Dum fidei catholicae*, 15 de marzo). Dos años atrás, Fray Fernando de la Plaza y otros franciscanos *observantes* habían instado a ello, apoyados en el testimonio del alegato de Fray Alonso de Espina (*Fortalitium fidei*, 1459), que era «hombre muy letrado y gran predicador, y hera oseruante y confesor del rey»¹⁷. También lo hacía, pero con otros criterios, Fray Alonso de Oropesa, general de los jerónimos y hombres de la confianza regia.

Alguna relación con este proyecto tendría la estancia en Madrid, en la Corte, durante enero y febrero, de 20 franciscanos, entre los que se contaban Fray Luis de Saja y Fray Fernando de la Plaza, guardián del monasterio de La Espina. Este último era un vehemente predicador que en aquella ocasión, o en otra anterior, había afirmado ante el rey tener «en su poder cien prepucios de hijos de cristiano, que se habían circuncidado», cosa que el rey quiso confirmar, infructuosamente, pidiendo la presentación de la prueba¹⁸. También en febrero pasaron por la Corte tres jerónimos de Lupiana, no sabemos con qué objeto, y a principios de mayo, por «Pascua de cinquesma» (Pentecostés), celebraban los franciscanos capítulo en el convento de San Francisco de Alcalá de Henares, para cuyos gastos entregó el rey 11.200 mrs.¹⁹.

Enrique IV simpatizaba con la «observancia» franciscana pero, no obstante, no quiso quitar a los «conventuales» su casa de San Francisco, en Segovia, cuando ambas ramas de la Orden pelearon por ella²⁰, e incluso contribuyó a veces en 1462 a la alimentación de los frailes con pequeñas cantidades para pan, vino y pescado, y se gastó en noviembre 75.000 mrs. en 30 camas, hábitos y 25 «çamarrones» a repartir entre los conventuales de San Francisco y sus rivales observantes de San Antonio. Una de sus grandes obras segovianas había sido, desde hacía años, la construcción del monasterio de San Antonio, a partir de una antigua casa de campo ya edificada cuando era príncipe. Las cuentas de 1458 señalan una suma de 200.000 mrs. para la obra, y las de 1462 tienen partidas por importe de otros 172.000, más 10.000 empleados en la

¹⁷ VALERA, D. de. *Memorial de Diversas Hazañas*. Ed. J. de Mata Carriazo. Madrid, 1941, cap. IV, año 1455.

¹⁸ La presencia de los franciscanos en la Corte, en las partidas 250 y 301. Sobre la predicación del fraile De la Plaza, Azcona, *op. cit.*, pp. 377-382, y JAKS, A., *Segovia y Enrique IV*. Segovia, 1916.

¹⁹ Partida, núm. 444 de la cuenta

²⁰ Lo narra Valera en el mismo capítulo citado en nota núm. 17.

compra de libros y otros 15.000 para «tres retavlos pequeños que yo avía mandado conprar de Gonçalo de Cuellar, traperero vesino de Segovia». Llevaba las obras desde 1455 como mayordomo real Ochoa de Çaray, junto con los frailes (el guardián, Juan de San Pedro; el mayordomo, Juan de Madrigal; el vicario, Alonso de Medina).

La fundación del monasterio jerónimo de Santa María del Parral databa de 1445-1446, cuando Enrique era príncipe, atraído por la belleza y recogimiento del lugar, que tan soberbiamente describiría Fray José de Sigüenza:

«Halló después de haberlo mirado atentamente, un puesto admirable para el propósito, en la ribera del río (que) llamanle los naturales Erezma, un poco levantado en la ladera de una cuesta, abrigado con ella y con unas peñas de los ciezos frios, que lo son mucho en aquella tierra, puesto al mediodía, donde le da el sol desde la mañana hasta la noche, a tiro de ballesta de los muros, frontero del alcázar real... Allí había una ermita de tiempos atrás, llamada nuestra Señora del Parral, porque estaba casi cubierta de una parra antigua... En el contorno y junto de la ermita debajo de unos grandes riscos que tiene a las espaldas, hay muchas fuentes caudalosas, de buen agua, en quien ni por lluvias continuas, ni por calores y grandes secas de tiempo, jamás ví ni crecimiento ni menguas. Unas vienen hendiendo por entre las peñas por sus secretos canales, y desde fuera se escucha el murmurio; otras salen bullendo de lo profundo de aquellas cavernas, mostrando sus ojos claros, más que los nuestros, riéndose entre las arenas y pedreçuelas menudas. Otros nacimientos hay tan sosegados y tan puros, que aunque están muy hondos, engañan a la vista, y el cuerpo diáfano o trasparente junta, sin poderse hacer diferencia, la superficie suprema del agua con la profunda del suelo...»²¹.

«No digo esto por tener gana de hacer pintura de este sitio (más propio oficio de poeta que de historiador) -añade el monje- sino por decir la verdad de lo que hay en él», y aquí lo hemos transcrito porque es de intuir que Enrique, dadas sus características temperamentales, sabría apreciarlo bien. Pero las obras no comenzaron hasta que fue rey, cuando hizo labrar «un edificio de lo bueno de aquel tiempo», con dos claustros y una hospedería regia «donde se venía a recrear y comunicar con sus religiosos, que los amaba tiernamente». Para la obra de El Parral se asignaron 300.000 mrs. en 1455²² pero en 1462 constan sólo 117.000 en las cuentas del camarero, entregados en diversas ocasiones al prior, Fray Diego de Ferrera. Mayor importancia tuvo aquel año la hechura de los «órganos grandes» -el monasterio tenía ya otros pequeños-, necesarios para el buen desarrollo del oficio de coro, tan primordial entre los jerónimos. Hay noticia de haber traído el rey de Avila a cinco «maestros horganeros», con Alfonso Díaz de Avila al frente, que los

²¹ Sigüenza, Libro III, cap. 14.

²² Los datos sobre dinero para obra de monasterio en 1455 están tomados de Simancas, Escribanía Mayor de Rentas, leg. 6, f. 7.

construyeron, y afinaron también los menores y los de la catedral segoviana; recibieron al menos 73.500 mrs. y ocho enriques por su trabajo a lo largo de 1462.

La obra de la cartuja burgalesa de Miraflores, a la que se habían destinado 300.000 mrs. en 1455, y donde debía recibir sepultura Juan II, no se menciona en estas cuentas de 1462 donde, aparte de las dos ya indicadas sólo se anotan algunas pequeñas limosnas a los conventos femeninos de Santa Clara la vieja —agraciado también con 15.000 mrs. anuales de «juro», al menos —²³, y de Santo Domingo de los barbechos, cuya priora era Constanza Alvarez. Otras, también, a los franciscanos de Alcalá de Henares, San Francisco de Madrid, e incluso Tarazona.

También en Madrid comenzaba a alzarse ya otra fundación enriqueña, la del monasterio jerónimo de Santa María del Paso, llamado así para conmemorar el «paso de armas» celebrado por Beltrán de la Cueva durante la estancia del embajador del duque de Bretaña en 1460²⁴. En enero de 1462 se estaban construyendo los órganos de aquel «monasterio nuevo de Sant Jerónimo de Madrid», y en julio hacía trasladar el rey desde Toledo «quatro retablos grandes para el monasterio nuevo». Era otra muestra del afecto regio hacia la Orden, que continuaría hasta su muerte: las circunstancias le impidieron ser enterrado en El Parral, como era su propósito, pero lo fue al cabo en Guadalupe, también monasterio de jerónimos²⁵.

4. LAS «POSADAS» DEL REY

Narran los cronistas, con diversas valoraciones, la atracción que Enrique IV sentía por Segovia, y su desecho de residir en ella el mayor tiempo posible²⁶. Diego de Valera relata, al hilo de esta realidad, cómo el rey alzó en el alcázar segoviano la torre principal y el corredor de «los cordones», y colocó en él las estatuas de los reyes, a partir de Pelayo, «labradas muy sutilmente, de maderas cubiertas de oro e plata», a las que añadió las del conde Fernán González y el Cid, dando vida así al programa iconográfico de exaltación de la realeza más importante y antiguo, por lo que sabemos, de los que hubo en Castilla. Pero la gran obra del alcázar, donde se conservaba el tesoro real y mucho armamento, a la que se destinan todavía 300.000 mrs. en 1458²⁷, parece

²³ Era abadesa en 1462 Dña. Inés de Ureña. El dato sobre los maravedies de juro en M.^a Sotroña Martín Postigo. «Diez documentos de don Alfonso como rey de Castilla a lugares y monasterios de la actual provincia de Segovia». *Homenaje... Pérez de Urbel*. Sílos, 1976, doc. 4.

²⁴ Palencia, Década I, Libro VII, Cap. I.

²⁵ Vid. mi trabajo, «Mecenazgo real y nobiliario en monasterios españoles: los jerónimos (siglos XV y XVI)». *Príncipe de Viana*, anejo 3 (1986), pp. 409-439 (Homenaje... Lacarra).

²⁶ Palencia, Década I, Libro X, Cap. I. Valera, *Memorial*, cap. C.

²⁷ Simancas, E:MR, leg. 6, f. 7.

concluida en 1462, o al menos no ha dejado en nuestras cuentas sino una pequeña partida de 8.000 mrs., entregados al mayordomo de las obras, Francisco Arias.

Enrique IV se preocupa más, por entonces, del asco de Segovia —3.000 maravedies para blanquear la «cerca» de la ciudad, dados al asistente real, Diego del Aguila—, y del decoro de su palacio urbano, que estaba situado en la collación de San Martín: hace «trastejar y repasar» los desvanes, pone candados y cerraduras en algunas estancias, acaso escarmentado por robos y fugas; destina una «sala baxa que está debaxo de la torre» para «la mi cámara de las armas» y, sobre todo, encarga una extraña obra, a mediados de agosto, consistente en derribar las paredes de cal y canto de la cámara donde dormía, hasta llegar a los cimientos «en roca viva y limpia», para edificar luego de nuevo los muros, tal como antes, y hacer, a continuación, dentro de la cámara, otra de madera labrada, «con su çaquicami, e en el corredor de cabe la dicha cámara... un retrete». Sería interesante saber el porque de este rápido derribo y reconstrucción cuyo costo se elevó a 32.000 mrs., según la avenencia hecha con el carpintero y albañil segoviano Domingo González.

La reina Juana disponía de sus propias casas de Segovia. Eran las mismas donde, en 1455, «a la sazón posaba el maestre don Pedro Girón»²⁸, acaso próximas al convento de San Antonio. En julio y agosto de 1462 se repararon algunas de sus «cámaras» para alojamiento de la reina y de los infantes Alfonso e Isabel, que vivían con ella: en cinco jornadas, cinco maestros albañiles y carpinteros y otros cuatro hombres hicieron una obra en «dos cámaras grandes que son en lo baxo de las dichas casas», y una obra después se tendieron en ellas cien brazas de cordeles de cáñamo «con que se emparamentaron dos salas e çinco camas de sargas e de paños»²⁹.

Cuando la Corte se trasladó a Agreda fue preciso hacer de nuevo «apartamentos, cámaras, retretes y pasadizos» en las «posadas» de la reina y de los infantes, así como comunicarlos con el «palacio» del rey, todo ello a base de madera, clavazón, yeso y ladrillo, rápido y barato, como en Segovia —cuatro días, no más de 2000 a 2200 en cada ocasión— a cargo de una cuadrilla de 10 maestros y 15 peones, que aseguraron aquella primaria forma de sedentación, repetida unos días antes de Navidad en Almazán, donde el rey y su familia hicieron «posada» en casa de Pedro de Mendoza, señor de la plaza³⁰.

La relativa importancia de estas noticias radica en lo muy escasas que son para todo el reinado, pues sólo conocíamos cifras generales, referidas a obras

²⁸ Part. 756 de la cuenta de Tordesillas

²⁹ Part. 606 y 607: se compraron 80 tablones gruesos, 3 cargos de cabrios, 37 libras de clavazón, 10 libras de yeso, 12 moyos de cal, 205 cargas de arena, 15 libras de almagre, un celemin de linuzo. Se repararon además todos los suelos y se hicieron dos «cielos» en las cámaras.

³⁰ Part. 812 y 924. En la primera, de 26 de octubre, se enumera la compra de dos cargos de vigas gruesas, dos docenas de vigones, 53 tablas grandes aserradizas, cinco docenas de tablas de chillas, ocho cahices de yeso, 500 ladrillos, 50 libras de clavazón, seis candados.

más duraderas y costosas. Así, por ejemplo, en 1465 se destinaron dos millones a obras en alcázares, casas, bosques y fortalezas, y en 1458 otro tanto, pero conocemos mejor el detalle³¹:

«El bosque», obras y «animalias»	680.000
Alcázar de Segovia	300.000
Alcázar de Madrid	200.000
«Para fazer una torre en El Pardo»	60.000
Alcázar de Toledo	150.000
Escalona	120.000
Atienza	150.000
León	50.000
Ciudad Rodrigo	50.000
Otras obras en los palacios, a Felipe de Cáceres	40.000

Es posible distinguir en esta relación, de una parte, las obras en los alcázares de Segovia, Madrid y Toledo, y tal vez las de León, Ciudad Rodrigo y Atienza y, de otra, las que se destinan a lugares de caza, bosque y cría de «animalias», lo que encamina nuestra atención y derrotero hacia una de las grandes pasiones, si no la mayor, que Enrique IV tuvo: los animales salvajes y las monterías.

5. «ANIMALIAS» Y MONTERIAS

«Era grand montero e plaziale muchas vezes andar por los bosques apartado de las gentes.» (H. del Pulgar).

«Era gran cazador de todo linaje de animales y bestias fieras. Su mayor deporte era andar por los montes, y en aquellos hacer edificios e sitios cercados de diversas maneras de animales, e tenia con ellos grandes gastos.» (D. Enríquez del Castillo).

«Enamorado de lo tenebroso de las selvas, sólo en las más espesas buscó el descanso, y en ellas mandó cercar con costisimo muro inaccesibles guaridas y construir edificios adecuados para su residencia y recreo, reuniendo allí colecciones de fieras recogidas de todas partes. Para cuidarlas y para alejar a las gentes, escogió hombres rudos y feroces que, mientras él se encerraba allí con algunos malvados, recorrían con armas y a caballo las encrucijadas, ahuyentando a los que pretendían saludar al rey o tratar con él algún negocio.» (A. de Palencia).

La afición enriqueña a bosques, fieras y monterías es señalada por todos los cronistas, aunque sólo Palencia la deplora, relacionándola con perversas inclinaciones y con el torcido deseo de huir del trato humano necesario al oficio de rey: «recorría —escribe en otro lugar, refiriéndose a su juventud— escondidos bosques e intrincadas selvas persiguiendo fieras, y huía del trato

³¹ Simancas, FMR, leg. 6, f. 7, Mercedes y Privilegiados, leg. 49.

de las gentes...», por «el salvaje placer que en la contemplación de las fieras encontraba»¹².

Es cierto que Enrique IV tenía algunas de aquellas fieras en su propio palacio, para hacer compatibles contemplación animal y sociabilidad humana, no sin algunos inconvenientes. A lo largo de 1462, las cuentas señalan el mantenimiento de cinco perros de caza alanos (3 mrs./día cada uno) y de ocho osos (10 mrs. por cabeza, y uno 15): los osos rompieron una docena de collares de cuero y 10 cadenas gruesas de hierro en el transcurso del año, y a uno de ellos hubo que hacerle en abril «un apartamento fuerte e alto con sus puertas, en un corral de los mis palacios de Segovia», mientras que otro fue traído en septiembre, en una carreta, con jaula y encadenado, desde Soria, «ofrecido» por el alcaide Beteta.

Regalar animales al rey era un medio bastante seguro de atraerse su benevolencia: en enero, unos labradores de Majadahonda le traían «un cuero de una osa» de grandes dimensiones. En septiembre, una embajada del rey de Túnez se presentó en la Corte con un leopardo, cuyo mantenimiento resultó costoso (15 mrs. por día para un par de gallinas o un cuarto de carnero). Aunque no hay noticia en las cuentas, parece que el rey seguía teniendo en su palacio algunos leones, como en años anteriores, cuando consta el pago de un «leonero»¹³, pues en abril una de las leonas «de las que están en mi palacio, se soltó» y mató un burro de un vecino segoviano.

Para evitar aquellos peligros y gozar con mayor calma de sus aficiones, el rey había establecido dos reservas campestres, en Valsain y El Pardo, además de mantener algunos animales – un oso es citado durante el mes de julio – en el alcázar de Escalona, así como otras mansiones de caza (El Adrada, por ejemplo, «de cuya casa y fortaleza» era alcaide el montero de caballo Pedro de Robledo). El bosque y casa de Valsain eran los predilectos del rey, sin lugar a dudas:

«En Balsain, que es a dos leguas de allí (Segovia), hizo otra casa asaz buena para su recreación, con un bosque muy grande cercado de cal y canto, en que tenía gran muchedumbre de bestias salvajes.» (D. de Valera).

«Las dilatadas selvas de altísimos pinos, de encinares y robledales que le rodean y de los que nadie se atrevía a cortar la más pequeña rama, a fin de que los jabalíes, osos, ciervos, cabras monteses y gamos vivieran con la mayor seguridad... Tal atrevimiento llegaron a cobrar los ciervos y jabalíes, que devastaban todos los frutos de las cercanías a presencia de los campesinos... Sucedió esto principalmente entre la ciudad y el Gobía, porque allí hay bosques que Don Enrique hizo cercar con tapia en su mayor parte, y en su recinto construyó un vasto y magnífico edificio donde se encerraba

¹² Palencia, Déc. I. Lib. II, cap. IV y Lib. III, cap. I.

¹³ Sim EMR, leg. 6. f. 7, año 1458: «Al leonero», 1.000 mrs. A Juan de Córdoba «para las animalías de El Pardo», 17.000. A Pedro de Espinosa, «para el mantenimiento de ciertas animalías», 47.000. A Juan de Mansilla, para lo mismo (toto). A Juan Martínez de Las Navas, 25.000. «A cinco caçadores», 42.000.

a solas con los rufianes para celebrar sus banquetes y contemplar las innumerables fieras que por allí habitaban.» (A. de Palencia).

No en vano, los nobles sublevados contra Enrique, y su mismo hermano Alfonso, se cebaron en aquel símbolo del poder y de los afectos del rey, a raíz de ocupar Segovia en 1467:

«Mayor pesar había recibido (Enrique) cuando supo el estrago que en los ciervos del monte había hecho Don Alfonso matando muchos con su venablo y permitiendo a su comitiva que hiciese lo mismo. Más de cuarenta se cazaron aquel día, y hubieran pasado de este número, a no intervenir con sus súplicas los maestres de Santiago y de Alcántara para que no siguiera adelante la matanza. En aquel recinto había seguramente cerca de tres mil ciervos de diferentes edades; muchos gamos y cabras montesas, y un toro muy bravo que no fue posible encontrar. A éste y a un jabali descaba Don Alfonso dar muerte...» (A. de Palencia)³⁴.

En 1462 era «alcayde de la casa del bosque de Valsayn» el copero del rey, Pedro de la Plata, que recibió a lo largo del año la suma de 175.424 mrs., empleados en el «mantenimiento de las alimañas» del bosque, en el reparo de «la casa» y en la obra de la nueva «casa de Sancti Alifon», que es el actual San Ildefonso, así como en diversas rozas efectuadas en los montes en torno a ella. Una suma importante —20.000 mrs.— se destina a fin de año para ayudar al propio Pedro de la Plata, cuya casa se había quemado. Y otras menores al reparo de redes, cuerdas, carretas y jaulas para el transporte de animales, pues Enrique cuidaba la repoblación o implantación de especies: en septiembre hizo llevar varios jabalíes de Valsain a la dehesa de las Gordillas —que son los encinares de Avila—. También gustaba de su contemplación: en agosto se compran dos candeleros grandes de cobre al mudéjar segoviano Mahomad, y tres hachones de cera, «para mirar de noche las alimañas del dicho bosque». La guarda de los montes de Valsain corría a cargo de monteros de a caballo, cuyo sueldo oscilaba entre 450 y 600 mrs. mensuales: en el mes de enero se menciona a 21.

El Pardo, a dos leguas de Madrid³⁵ contaba, según Diego de Valera, «con un bosque poco menos bueno que el de Balsain». Era su alcaide, ya en 1458, Juan de Córdoba, balletero de caballo del rey, que todavía recibió en marzo de 1462 12.600 mrs. para la torre que se hacía en «la dehesa e monte», y otros 12.000 para diversas rozas efectuadas en febrero y marzo. En la dehesa se criaban toros, traídos a veces de otras partes, como los que envió a comienzos de abril el maestro de Alcántara. Y el monte estaba siendo repoblado con jabalíes: al menos 10 se trajeron de las sierras de Robledo de Chavela en el primer trimestre del año.

³⁴ Los textos de Palencia en Déc. I, Lib. X, caps. I y IV.

³⁵ No ha de confundirse con la casa de cacería real existente también en lo que hoy es término de Villanueva del Pardillo.

Las monterías eran siempre momentos principales en la vida del rey. De ahí la importancia que tienen, en su entorno, los grupos de monteros y ballesteros, en especial aquellos que se cuidaban de la preparación de redes y otros aparejos precisos, como el montero mayor Diego de Valderrábano, o de los ballesteros de caballo Nicolás de las Navas, Gonzalo de Córdoba y Diego Gil, mencionados en repetidas ocasiones. Los gastos de tales preparativos —unos 44.000 mrs., en diversas partidas— eran, lógicamente mucho menores que los producidos en las monterías, de las que el rey llevó a cabo al menos nueve, según se muestra en este cuadro sinóptico:

<i>Fecha</i>	<i>Duración</i>	<i>Montes</i>	<i>N.º de monteros</i>
enero 10	6 días	Robledo, San Martín de Valde- iglesias, El Adrada	205
marzo 20	10 días	San Martín, Escalona	252
mayo 8	5 días	Robledo	200
julio 6	8 días	San Martín, El Adrada, Escalona	325
agosto 30	10 días	Agreda, Vozmediano	17
sept. 17	7 días	San Martín, Escalona	423
nov.-dic.	8-10 días	Agreda	47
	5-7 días	Agreda	54
	3 días	Agreda	42

Las monterías en la zona de Agreda son eventuales, y dependen de la presencia del rey en la frontera de Aragón, hasta el punto de que se utiliza en ellas los servicios del montero mayor de Juan Ramírez de Arellano, señor de Los Cameros, Juan Forte, de los otros monteros de aquel noble, y de algunos vecinos de Yanguas, Matute y Anguiano. Por el contrario, las que Enrique IV celebra con periodicidad bimensual en los montes de Robledo, San Martín de Valdeiglesias, Escalona y La Adrada, corresponden al ámbito habitual de las actividades cinegéticas regias. Todos ellos habían sido muy bien descritos, así como la manera de organizar la caza, en el *Libro de la Montería*, de Alfonso XI, y Enrique no hacía sino seguir los consejos y aficiones de su antepasado³⁶.

Aquellas era grandes monterías, que movilizaban a cientos de personas y requerían operaciones previas, fuente, todo ello, de ingresos para los campesinos de las comarcas próximas, aunque las rozas a que obligaban, y el mismo hecho de «andar a monte», alterarían otros aspectos de la economía rural. El costo total de las monterías en 1462 supera los 120.000 mrs., de los que un 94 % corresponde a las realizadas en la zona de San Martín-Robledo-Escalona-

³⁶ V. el excelente y detallado estudio de ANDRÉS, G. de: «Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XV (1978), pp. 27-57. XVIII (1981), pp. 9-22. XIX (1982), pp. 269-282.

La Adrada. Los monteros se contrataban en los pueblos comarcanos, a razón de ocho maravedíes diarios³⁷.

* * *

Una actividad hasta cierto punto próximo a la caza eran las corridas de toros a caballo, practicadas en diversas festividades. El rey hacía comprar los animales para cada ocasión —entre 800 y 1.000 mrs. la res—, en cantidades variables: el 17 de enero se corrieron en Madrid al menos cuatro. También en Madrid, durante las fiestas en honor del conde de Armagnac, se corrieron ocho, y nueve «el lunes de las ochavas de Pascua», en Segovia. El jueves de la Ascensión, en mayo, algunos más en Madrid —dos de ellos propiedad del mudéjar Achmet Merino—, y el día de San Juan, también en Madrid, otros ocho, pagados a mil maravedíes cada uno «porque eran de escuderos». Pero ignoramos el grado de afición personal del rey, que parece más claro e intenso en relación con venados, osos y jabalíes.

6. EL REFLEJO DE LAS RELACIONES Y CONTACTOS POLITICOS

No son las cuentas de la Cámara el lugar más adecuado para encontrar referencias a la actividad política del momento, salvo de manera esporádica y marginal. No obstante, puede ser de interés sistematizar las que aparecen, a modo de complemento o contribución para otras investigaciones.

A) Andalucía

Varias embajadas o mensajeros de la frontera de Granada llegan a lo largo del año. El 17 de enero estaban en la Corte el alcaide de Alcalá la Real, Juan de Cañete, y un poderoso vecino, el jurado Fernando de Aranda. Seguramente venía con ellos el cordobés Martín Alonso, que traía al rey un caballo bayo, presente de la ciudad. A los tres obsequió Enrique magníficamente, pero ignoramos cuál era el motivo de su viaje³⁸. En torno al 17-20 de febrero

³⁷ Los pueblos mencionados son éstos: Escalona y su «tierra» (Cadalso /de los Vidrios/, Ceniciento, Las Rozas, Majadillas, Escarabajosa, Navahondilla, Nombela, Pelahustán, Almorox), El Adrada y sus aldeas (Fresnedilla, Piedralaves, Sotillo de la Adrada, Iglejuela), San Martín de Valdeiglesias, con El Prado y Pelayos; y Mombeltrán, Marrupeçin, Castil de Vayuela, Navalmorecuende, La Torre de Esteban Ambrán, Brunete, Perales, Las Navas (hoy del Marqués), La Higuera, Valdemorillo, Robledo, Valdemaqueda, Cebreros, Villalba, El Tiemblo, Navalagamella, El Escorial, La Torre, Mejorada, Cervera, Corral de las Monjas, Burogil, Caçalogros, El Burgo, La Frexnedá, Colmenarejo, Madrid y su tierra, Real de Manzanares, lugares de tierra de Avila, y lugares de tierra de Segovia (Tabanera, Palazuelos, Sonsoto, La Losa, La Higuera, Rosales, Revenga, Ortigosa, Val de Lozoya).

³⁸ A Martín Alonso, tres varas de seda terciopelo morado, ocho de paño de Brujas mayor pardillo y 4.200 mrs.. A Juan de Cañete, ocho varas de seda terciopelo azul y ocho de paño Rúan mayor vayo, y 15.000 mrs.. A Fernando de Aranda, tres varas de seda terciopelo morado y ocho de paño de Brujas mayor.

muy poco antes del nacimiento de la princesa Juana -- estuvieron en Madrid, con el rey, Gonzalo Mexia, camarero del condestable Miguel Lucas, y su criado Juan Díaz, y regresaron a Jaén con 200.000 mrs. de merced que el rey enviaba a su antiguo hombre de confianza. La primera embajada de Granada se produjo a primeros de mayo, cuando García Jaén, capitán del rey de los caballeros moros y moriscos, alojó a «seys cavalleros moros que a la sazón vinieron de Granada».

De nuevo, el 21 de agosto, Fernando de Jaén, otro criado de Miguel Lucas, «traxo nuevas del dicho condestable, como se avía avido con los moros», después de concluida la tregua³⁹. También en agosto, el día 13, recibían regalos regios Juan Cortés, vecino de Ecija, y su hijo, del mismo nombre, y cuatro días después despachaba Enrique IV un correo a Sevilla⁴⁰. Otros correos parten para Gibraltar, recién conquistado, el 18 de septiembre y el 3 de noviembre. Y, en el intermedio, a finales de octubre, llegaban a la Corte mensajeros musulmanes con cartas de Granada, entre ellos un Alí Abençuleman, a los que atiende también el capitán García de Jaén. Recordemos, por último, que la embajada del rey de Túnez, con el leopardo, había llegado a la Corte a mediados de septiembre.

B) Navarra y Cataluña

El único testimonio sobre Navarra, a comienzos de febrero, se limita a señalar el mantenimiento en la Corte de don Luis de Beaumont, condestable de Navarra (50.000 mrs.), el doctor Pedro de Rutua, del Consejo (12.000) y el antiguo secretario del príncipe de Viana, Martín de Lorica (8.000).

La secuencia de correos y enviados en relación con el alzamiento de Barcelona y con Juan II de Aragón, es como sigue en las cuentas:

enero 11	De Barcelona	Martín de Navascués, escudero que fue del príncipe de Viana, con cartas de la ciudad.
julio 10	De Barcelona	Nicolao de Valencia, con cartas de la ciudad.
agosto 12	De Lérida	Diego de Peralta, con cartas de la ciudad.
septiembre 10		10 varas de «Contray» y seis de terciopelo «prieto» a Juanes, cantor del arzobispo de Zaragoza, «mi muy amado primo... que a mí avía venido con cartas».
septiembre 11	De Barcelona	Diego de Peralta, con cartas de la ciudad.
septiembre 27	De Barcelona	Fray Juan Cuello, dominico, hermano del comendador Egas Cuello, con cartas de «los cavalleros de Barcelona».

³⁹ *Hechos del Condestable*, cap. VII y VIII, sobre tales sucesos.

⁴⁰ A Juan Cortés «el viejo», 10 varas de paño de Brujas mayor pardillo y seis de seda aceituni prieto. A su hijo, «para sus bodas», 12 varas de paño de Brujas pardillo, ocho de Rúan mayor del sello, 10 de terciopelo pardillo y tres de aceituni.

octubre 14	De Barcelona	Fray Juan Cuello, con cartas.
noviembre 25		3.000 mrs. para vestuario a Juan Barbero, vecino de Villafranca de Barcelona.

Las respuestas de Enrique IV se conocen peor, pues casi nunca se indica el destino de los correos que despachaba pagados por su cámara.

Las breves entradas o escaramuzas regias del otoño en la frontera de Aragón han dejado algún pequeño testimonio: Enrique IV estaba en Borja y Vera «dentro en el regno de Aragón» el 29 de octubre, y casi dos meses después, el 19 de diciembre, hizo una cabalgada en Ariza con 200 caballeros, para tomar ganado. Los quebrantos también merecían su atención: el 25 de diciembre hacía dar 10.000 mrs. a un vasallo suyo al que habían tomado dos caballos en Aragón, y el 27 de diciembre 11.130 al montero real Pedro de Espinosa, para rescate de su compañero Pedro de la Lama.

C) Portugal

Apenas hay noticias, aparte de los envíos de médicos y personal sanitario en relación con el parto de la reina, y acaso con la salud misma del rey. El 8 de abril se menciona la embajada del licenciado Gutierre Ferrandes, enviado por Alfonso V «mi muy caro e muy amado primo». El embajador recibe un objeto numismático de prestigio, muy propio del momento: dos piezas de oro de 50 enriques de valor cada una.

D) Francia

Los dos momentos más importantes, aunque desiguales, de relación, tienen lugar en febrero, durante las fiestas hechas en Madrid en honor del conde de Armagnac («Armiñaque») y de los «otros cavalleros que con el vinieron de Francia», y, en la primera mitad de diciembre, cuando el rey recibe a «Yugues de Mondisier», senescal de Toulouse, embajador del rey de Francia.

En el primer caso se trata de una gran recepción cortesana, en la que Enrique IV hace «sala» al noble francés —que venía como embajador de su rey para confirmar la amistad entre los dos países—, se consumen grandes cantidades de dulces en las fiestas⁴¹, y se organiza una justa, para la que se alza una «tela» o toldo, se traen «yelmos de torneos» de Sevilla, donde los tenía el comendador Gonzalo de Saavedra, e incluso se requieren los servicios del «rey de armas» Sidonia y de cinco «menestriles de cherumbeles», enviados al efecto por el duque de Medina Sidonia⁴². Enrique y su Corte se visten de fiesta para la ocasión, pues así era la condición del rey que

⁴¹ 121 cajas de diacitrón, 346 cajas de confites, 40 botes de conservas, 18 «pastas reales de maçapán».

⁴² El costo de la «tela» fue de 2.852 mrs., y 14.000 el rey de armas y sus auxiliares.

«Usaba... de magnificencia en los recibimientos de grandes omes, e de los embaxadores de reyes que venían a él, faziéndoles grandes e suntuosas fiestas e dándoles grandes dones.» (H. del Pulgar).

Por el contrario, la embajada de diciembre sólo da lugar a las habituales dádivas de paños⁴³. En ella se propondría a buen seguro la entrevista que Enrique IV y Luis XI mantuvieron meses después⁴⁴.

7. LA FAMILIA DEL REY

Como la reina Juana tuvo libertad para formar su propia casa, y disponía de rentas situadas en Olmedo y en su señorío de Aranda de Duero⁴⁵, las menciones que se hacen a sus gastos en las cuentas de la cámara enriqueña son relativamente escasas. La reina se proveía, no obstante, de los paños y sedas guardados por el camarero de su marido: una pieza entera de «pañó de grana colorada muy fina», se anota el 4 de febrero, y, a lo largo de otras siete partidas, hasta 90 varas de sedas brocados o terciopelos, y 11 de paños mayores de Ruán y Brujas, más dos guadamecíes colorados para estrado, todo ello a lo largo de 1462.

El gran acontecimiento del año para la reina fue el nacimiento de la princesa Juana, ocurrido el 28 de febrero en Madrid. Desde mediados de enero estaba en la Corte Mari Gasca, partera, vecina de Almazán, que seguía allí dos meses después (recibe 12.000 maravedíes), y acaso otra, portuguesa, llamada Catalina Peres, a la que se despide a finales de junio con 5.000. Una vez pasado el parto debió de haber algún momento difícil, pues se alude el 12 de marzo a «Doña Xañçe, mora partera, vecina de Toledo, que yo (el rey) enbí llamar». Y también en los habría en las jornadas previas al parto, cuando Enrique regala a su mujer un «relox de agua» (20 de febrero), o hace decir seis misas en conventos de Madrid, llamadas de «aljueucar», el día 26.

Todo fue bien, pero en las cuentas no hay reflejo alguno de fiestas, regocijos, mercedes o noticias políticas tocantes a la princesa, sino sólo a tres atenciones paternas: unas andas de madera y lienzo encerado que se confeccionaron en junio (1.650 mrs.) y se dieron a Beatriz Suárez, ama de la niña. «Una esmeralda grande muy rica engastada en una sortija de oro, de la qual le fise merced (a la reina) para echar al cuello a la prinçesa doña Juana mi fija» (26 de julio). Y la confección con paño de Ruán y «corderinas prietas» para el forro, de una *loba* para «la prinçesa mi muy amada fija» (10 de diciembre).

⁴³ Treinta varas de aceituní leonado, 12.5 de terciopelo carmesí, ocho de brocado carmesí «muy rico».

⁴⁴ ENRIQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica*, Cap. XLVII.

⁴⁵ AZCONA, T. de, *Isabel...*, pp. 27-28. ENRIQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica*, cap. XXXII (Recibió Aranda cuando estaba embarazada, en 1461).

En el entorno inmediato de la reina destaca otra mujer, su doncella Braçayda, cuyas funciones concretas ignoramos, aunque es evidente que gozaba de la confianza del rey, con ciertos altibajos, pues desde septiembre, al menos, parece custodiarla el comendador Fernand Alfonso de Ocaña, aunque la dama seguía en la Corte de su reina ya en 1463⁴⁶. El rey le hace mercedes entre febrero y agosto por valor de 131.700 mrs. en dinero, y otros 10.000 en diciembre, le entrega 16 varas de brocado prieto «muy rico... para las fiestas del conde de Armiñaque (24 de febrero), y otras 10 de brocado carmesí «en albricias quando nació la prinçesa mi fija» (9 de marzo), amén de otras 58 varas de sedas terciopelos y brocados, y 25.5 de paños de Brujas y «Ruán» mayores, en diversos momentos.

Todo esto sugiere una posición de privanza con el rey que me atrevería a comparar, en algunos aspectos, a la que había tenido antes doña Guiomar de Castro, dama noble llegada de Portugal con la reina, protegida del arzobispo de Sevilla, Alfonso de Fonseca, de la «qual el rey se enamoró y le mostrava grande afición», aunque no sabemos qué ocurriría con Braçayda, cuyo linaje debía de ser más modesto. Guiomar de Castro, a la que el rey llama «mi prima», figura en cuatro partidas de las cuentas, entre marzo y noviembre, recibiendo en total 280.000 mrs., pero no estaba en la Corte sino en Ocaña, en julio, y en Guadalupe, ya en noviembre.

* * *

Los infantes Alfonso e Isabel fueron separados de la custodia de su madre, viuda de Juan II, y traídos a la Corte cuando ya se conocía el embarazo de la reina Juana, bajo cuyos cuidados inmediatos quedaron los dos niños. En esta medida hay, muy posiblemente, más de cálculo político que no de amor fraterno por parte de Enrique IV, y nuestras cuentas, aunque no escasean en datos, tampoco manifiestan que haya habido un interés continuado del rey por «dos ynfantes mis amados hermanos», pues, aparte de darles alojamiento, se preocupó de ellos a principios de enero entregando a Juan Serrano, maestresala de ambos 30.000 mrs. «para la costa de su plato», y a la reina Juana 34 varas de terciopelo «prieto» y azul y una pieza de Ruán mayor «prieto» (23 varas), más 60 martas «cebellinas finas», «con que ella fizo luego... ciertas ropas de vestir» para ambos infantes, y las forró.

No vuelve a haber noticias hasta septiembre, en que se produce una nueva remesa para vestuario, recibida por el guarda mayor de los infantes, Diego de Ribera y por el camarero Juan de Alvar Ferrandes (10.5 varas de brocado damasco y terciopelo para Alfonso, 42 para Isabel, que ya tenía doce años). Los infantes recibieron también un obsequio de tapices para su cuarto:

⁴⁶ Así lo indica una carta al rey, enviada desde Aranda, en 1463, que transcribe L. SUÁREZ, *Matrimonio y derecho sucesorio...*, p. 89, núm. 5.

«Quatro paños de ras con seda... que son estos: un paño grande obrado con seda de una estoria de un rey que mató una su fija, e los otros dos paños con seda de una liça de salvajes e otras figuras, e el otro paño grande de arboleda.»

El tema troyano de Agamenón e Hígenia, que tal debe ser la «estoria de un rey que mató a una su fija», se repite en otros tapices de la época⁴⁷, pero cabe preguntarse si era el más adecuado para el cuarto y para la imaginación de unos infantes huérfanos, pues sugiere el sacrificio total de los afectos familiares por los designios políticos.

La atención regia parece regularizarse desde finales de octubre: 32.000 mrs. para la despensa, entregados en tres veces al ayo Diego de Ribera y al despensero Juan de León, más ropa por Navidad (8 varas de brocado y una de Ruán al infante, 10 de brocado «pardillo rico» a la infanta), y el ya mencionado regalo de cien enriques. Por último, hay que llamar la atención sobre una misa a la que asistieron los infantes el 16 de noviembre, para cuya ofrenda les dio el rey 20 doblas «de la banda». ¿Qué memoria, aniversario o fiesta se celebraba aquel día que pudiera afectarles especialmente? En suma, era la atención precisa, casi la mínima, mientras se incumplía el testamento de Juan II en lo tocante a rentas de los infantes y el maestrazgo de Santiago, previsto para el infante Alfonso, pasaba a manos de Beltrán de la Cueva.

8. DON BELTRAN Y LOS TRES DONCELES

En 1462 alcanzó su apogeo la privanza de Beltrán de la Cueva sobre el rey. En febrero, durante las fiestas en honor del conde de Armagnac, Enrique IV le hizo conde de Ledesma y miembro de su Consejo. En agosto contrajo matrimonio en Guadalajara con Mencía de Mendoza, hija del marqués de Santillana, Diego Hurtado de Mendoza, que le traspasó poco antes sus rentas de la villa de Huelma, en la frontera granadina, e ingresó así en uno de los linajes más potentes de la alta nobleza: el rey estuvo en Guadalajara entre el 7 y el 9 de agosto para asistir a la boda, y otorgó a la plaza entonces el título de ciudad, como recuerdo del acontecimiento⁴⁸.

No es cuestión ahora de extenderse en otros pormenores sobre la carrera de Beltrán de la Cueva sino de indicar hasta que punto el rey lo trata como *criado* suyo y hombre de la mayor confianza —recordemos que era su mayordomo, cargo personal y distinto al oficial de Mayordomo Mayor—. Don Beltrán, aunque disponía ya de señoríos y rentas, vive a costa de la Cámara regia: recibe al menos 170.000 mrs. a lo largo del año, 100.000 de ellos para

⁴⁷ RODRIGUEZ VILLA, A., *Bosquejo biográfico* (V. nota núm. 14). ¿Acaso era el mismo tapiz?

⁴⁸ RODRIGUEZ VILLA, A., *ibid.*, p. 17, tomado de Medina, *Vida del Cardenal Mendoza...*

los gastos que hubo de hacer durante las fiestas del conde de Armagnac, cuando él mismo fue hecho conde⁴⁹. El rey le viste: «doce varas de brocado rico carmesí... de que le fise merçed quando le fise alçar por conde», más otras 29 de terciopelo y 19 de paños de Ruán y Londres, y tres bonetes, en otros momentos. E incluso le regala parte de su vajilla a fines de diciembre (50 marcos de plata en 21 piezas), o cubre sus caprichos, como sucede en Ayllón, a fines de agosto, cuando da a su vecino Diego García siete enriques por un crucifijo de oro que le había «tomado el dicho conde de Ledesma, mi criado».

Tampoco iban descaminados los cronistas al definir lo que Enrique IV era en estos aspectos, de los que ya habían disfrutado anteriormente Juan Pacheco, Pedro Girón o Miguel Lucas de Iranzo, entre otros:

«Tenía algunos moços acbtos de los que con él se criavan. Amávalos con gran afeción e dávalos grandes dádivas.» (H. del Pulgar).

«Holgábase mucho con sus servidores y criados; avía placer por darles estado y ponerles en honra... De quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando e favor.» (D. Enríquez del Castillo).

* * *

En un plano de inferior calidad e importancia que el De la Cueva pero en idéntica confianza regia vivían en la cámara de Enrique IV Gonzalo de León, Andrés Cabrera y Alfonso de Herrera o Ferrán, llamados en las cuentas *donceles* o *criados* del rey, denominaciones por demás imprecisas pero que no ocultan su privanza. Leemos en una significativa partida del 16 de enero como Enrique hizo comprar cinco bonetes de grana colorada doblados con otras tantas *carmeñolas* idénticas y, reservándose uno, dio a don Beltrán y a los tres donceles los otros, de modo que los cinco vinieron a llevar el mismo tocado.

De los tres hombres, quien más figura en las cuentas es Gonzalo de León: 33 partidas distintas que le reportan 95.200 mrs., 39.5 varas de terciopelos y brocados, 77.5 de paños diversos de la mejor calidad, y más de 24 marcos de plata en vajilla, según una anotación del 24 de septiembre que le da título de comendador. Por entonces, el rey entregaba la alcaidía de Gibraltar, recién conquistado, a su «favorecido» Pedro de Porres o Porras⁵⁰.

Andrés Cabrera, futuro marqués de Moya en tiempos de Isabel I, cuenta ya también con buena posición: parece ser que recibió el cargo de mayordomo del rey cuando Beltrán de la Cueva obtuvo el título condal, pero su gran ocasión llegaría a finales de 1468, cuando el monarca le confió la tenencia de Segovia⁵¹. Seis años antes, las cuentas le reconocen el cobro de 48.300 m., 23

⁴⁹ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *Crónica*, cap. IX.

⁵⁰ PALENCIA, Déc. I, lib. VI, cap. IX.

⁵¹ GALÍNDIZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Enrique IV*. Ed. Juan Torres Fontes. Murcia, 1946, cap. 103, pp. 337-339.

varas de terciopelo y 33 de paños, amén de 19.600 mrs. que compartió con Alonso de Herrera «para se adereçar de algunas cosas para las dichas fiestas» del conde de Armagnac. Durante su enfermedad en Madrid, a mediados de abril, el rey le envió a su médico el doctor de Avila y le socorrió con otros 11.200 mrs. Al año siguiente, en verano, tendría otra, de la que le curó maestre Semaya⁵².

El tercer doncel, Alonso de Herrera, aparece en las crónicas solamente a finales de 1466, cuando ocurre un intento de captura de Enrique IV por Pedrarias Dávila, en Fuencarral, que tuvo como único resultado el apresamiento de este doncel, que estaba en la cámara regia y al que los agresores confundieron con el monarca⁵³. De los tres donceles, parece el de menor categoría: 33.000 mrs., 19.5 varas de terciopelo y brocado, 26.5 de paños, más la merced de un halcón. Aún así, su posición es de mucha mayor privanza cerca del rey que la de cualesquier otras personas y oficiales mencionados en la cuenta.

9. NOMINA DE PERSONAL

Los oficiales y servidores de la *casa* del rey, y el personal militar y de guardia, recibían sus *raciones* y *sueldos* por otras vías distintas a las de la cámara real, pero muchos de ellos aparecen de una u otra forma en la cuenta que ahora estudiamos, bien por haber recibido alguna merced extraordinaria, bien porque se les entregan cantidades para servicios especiales, o como «socorro». Sucede, no obstante, que tales menciones apenas se prestan a comentario, por lo que las hemos reducido a una relación anexa a estas páginas. En ella se encuentra referencia a otros donceles del rey, a maestresalas, porteros de cámara, despenseros y contadores de la despensa real, coperos, reposteros de camas, braseros, caballeros y mozos de espuelas, a otros diversos criados y vasallos del rey, a los que hicieron servicios de correos en 1462 con cargo a la cámara, a los tres grupos de esclavos —14 personas en total, de las que dos huyeron— que servían en la cámara, a los pajes de la lanza, trompetas y tambores.

Protegían directamente a Enrique IV un grupo de 4 ó 5 «monteros de guarda, que duermen continuamente a la puerta de mi cámara», más otros 30 monteros de caballo o de pie, ballesteros de caballo, alguno «de maza» (45 en total) y una capitania de 80 «lanzas» mandada por Ferrand Carrillo, amén de otra capitania de caballeros «moros y moriscos» mandada por García de Jaén, y en la que formaban entonces al menos 25 personas, unos musulmanes y otros conversos, como lo indican sus mismos nombres. Todas las noticias al respecto quedan recogidas y resumidas como se ha indicado, y aquí sólo resta concluir: tal vez la cuenta de Juan de Tordesillas pudo despertar mayores esperanzas al

⁵² V. carta citada en nota núm. 46.

⁵³ GALÍNDIZ DE CARVAJAL, *Crónica*, cáp. 82, p. 285.

leerla por primera vez, en medio de su increíble aridez, pero al cabo, el resultado no es tan exiguo, pues facilita noticias, puntos de vista y sugerencias valiosas para conocer mejor, al margen de versiones apasionadas, a aquel rey «*humanus, mansuetus ac humilis longe plusquam temporis malicia exigit*», como le definía Sánchez de Arévalo, en un momento crucial, antes de que se desencadenaran sobre su persona y después sobre su memoria las tempestades de una propaganda adversa.

Resumen de la cuenta de Juan de Tordesillas.

Cantidades y bienes de que se le hace cargo

3.092.553 mrs.
 866 enriques de oro.
 150 doblas de la banda de oro.
 48 reales de plata.
 76 marcos, una onza y cuatro reales de plata, en diversas piezas.
 Una esmeralda engastada en una sortija de oro.
 151 varas de brocados ricos.
 432.5 varas de sedas finas.
 49.5 varas de sedas rasos y damascos.
 Una pieza entera, 27 varas y 3/4 de paño de grana.
 539 varas y 3/4 de paños mayores finos de lana.
 109 varas de paños de ruanos menores de lana.
 Nueve paños de ras, con seda.
 12 cojines de ras, con seda.
 Dos bancales de ras, con seda.
 Seis antepuertas de ras, con seda.
 Dos camas de sargas de colores, 11 de piezas, con sus goteras.
 144 varas de sargas de colores.
 Cinco alfombras.
 Cuatro alcatifas.
 12 reposteros.
 69 martas cebellinas.
 21.33 varas de chamelote.
 34.5 varas de manteles reales.
 20 varas de manteles de Buytrago.
 125 varas de lienzo de Olanda.
 35 varas de lienzo de Flandes.
 19 bonetes.
 Dos moros esclavos (fugados).
 121 cajas de diacitrón.
 346 cajas de confites.
 40 botes de confituras.
 18 pastas reales.
 Tres cintos y tres puñales.
 Nueve «*orças*» de cintas de seda.
 Seis gruesas de agujas.
 218 paveses (alcance de 1455).
 Seis paveses grandes de barrera (alcance de 1455).
 Dos cajas de cuchillos de mesa.
 Siete espejos.
 Doce peñes.
 Cinco escobillas de limpiar ropa.
 40 docenas de madejas de cuerdas de tañer.

22 libras de perfumes.
80 varas de cañamazas.
20 varas de frisa.
25 varas de jerga.
13,5 docenas de lias de cáñamo.
12 varas de picote.
Tres almofreces de picote.
10 arcas ensayaladas.
Dos servidores de cobre.

Otras cuentas parciales de la Casa real

En 1458 (Sim. EMR, leg. 6, f. 7)
Pedro de Arévalo, para la despensa, 677.000
Pedro de Segovia, cerero, 97.200
Barrasa, 115.000
Maestre Semaya, 15.000

En 1465 (Sim. M y P, leg. 49, EMR, leg. 11)
Cámara del rey, 5.000.000
Despensa, 650.000
Caballeriza, 114.500
Acemilería, 40.000
Raciones, 2.000.000
Reina doña Juana, 1.500.000
Infanta Isabel, 870.000

Itinerario del rey en 1462

Enero

En Madrid
15. Pago de la montería en San Martín de Valdeiglesias

Febrero

Comienza en Madrid
3 y 7. Pago a los peones que abrieron el puerto de la Fuenfría «por do yo estonçes pasé, que yua a Segovia».
7. «La Cereçedilla»
10. «En la casa» (Valsaín)
13. Limosna en la iglesia mayor de Segovia.
14. El Pardo.
Desde el 15, en Madrid.

Marzo

En Madrid
29. Pago de la montería en San Martín de Valdeiglesias.

Abril

Hasta el sábado 10, en Madrid
11. Domingo de Ramos. Segovia, donde continúa hasta fin de mes.

Mayo

En Madrid todo el mes
13. Pago de la montería en Robledo

Junio

1 a 18. Segovia.
19 a 25. Madrid (21. El Pardo)
26. Illescas
28. Toledo.

Julio

1 a 4. Toledo
5. Escalona.

6 y 7. La Adrada
 8 y 9. San Martín de Valdeiglesias
 10 y 11. Escalona
 11 a 29. Toledo
 29. Illescas.
 30. Madrid

Agosto

1 a 4. Madrid
 5. Alcalá de Henares
 7 al 9. Guadalajara.
 11. Valsuín («la casa»)
 12 y ss. Segovia.
 19. Navafría.
 20 y 21. Ayllón.
 21 a 23. Atienza.
 24. Almazán
 25. Soria.
 26. Canales
 27 y ss. Agreda.

Septiembre

1 a 10. Agreda.
 11. Soria
 14 a 16. Aranda de Duero
 17. Aguila fuente
 19. El Maello
 21 a 23. Robledo de Chavela
 24. Guadarrama
 25 a 28. Valsuín
 29 y 30. Segovia

Octubre

1 y 2. Segovia
 3. Riaza
 4. Ayllón. San Esteban de Gormaz
 5. San Esteban de Gormaz
 8. Vozmediano
 9 a 11. Santa María de Veruela
 12 y ss. Agreda
 29. Entrada en Vera y Borja

Noviembre

En Agreda todo el mes

Diciembre

1 a 18. Agreda
 19. Entrada en Ariza
 22 y ss. Almazán

Precios mencionados en la cuenta

Paños de lana (la vara):

Contra y mayor, 400/455 (maravedies, siempre)

Brujas mayor, 240 (pardilla) / 270 (verde)

Londres, 180

Cuenca, palmilla, 85

Segovia, pardillo, 50 (en alguna ocasión 40 ó 60) / 52, 55 (verde, azul, colorado)

Sedas y lienzos (la vara):

Damasco «prieto», 350

Cinta de seda, 8

Cinta de seda ancha, 20

Lienzo de Olanda, 70

Lienzo de Flandes, 40 (encerado, 62.50)
 Lienzo de Bretaña, 30/25
 Lienzo basto, 12/9/13/7.5 (en una ocasión)
 Frisa, 30/25
 Jerga, 12

 Lana, una arroba, 150 (sin lavar. 15 arrobas sin lavar equivalen a nueve lavadas)
 Seda, una onza, 160/202
 Un sombrero «befre», 140
 Un par de borceguies, 60
 Un par de borceguies marroquies, 100
 Un par de zapatos, 20/25
 Un cuero cordobán, 230 a 250
 Hechura de un jubón, 200¹
 Hechura de una camisa, 60
 Hechura de un par de calzas, 36
 Tundir una vara de paño, 6 y a veces 9
 La arroba de «lías de cáñamo» para envolver, 200
 Un arca forrada de paño, para ropa, 185
 Un arca forrada de paño, para vajilla, 200
 Un arca forrada de paño, para ropa de cama, 250
 Un par de corazas, 500/600
 Un par de goçetes, 350
 Un capote con su babera, 450/500
 Una falda de acero, 900
 Una vaina de espada, 35/40
 Una espada, 150
 Una lanza, 40
 Una adarga, 260
 Una silla gineta, 610
 Poner bramante a una ballesta, 10/16.6
 Limpiar una armadura, 120
 Un caballo, de la mejor calidad, 8.000/8.570/9.000
 Un caballo, de calidad habitual, 3.000/3.500/4.000/4.600
 Una mula, 6.000
 Un perro alano grande, 800
 Un halcón, 1.400 (5 enriques de oro)
 Una fanega de cebada, 30 (abril, Segovia) / 38 (octubre, Agreda)
 Una carga de paja, 8
 Una libra de cera, 17
 Una libra de cobre, 35/40
 Una pala de hierro, 60
 Un cencerro para buey, 5
 Un cirio grande, 35
 Un azumbre de aguardiente, 80
 Un «cargo» de vigas gruesas, 170
 Una docena de vigones, 72
 Una tabla aserradiza, 10
 Una docena de tablas de chillas, 5
 Un cahiz de yeso, 50
 Un ladrillo, 0,5
 Una libra de clavazón, 5
 Un candado, 16.6

¹ La confección de un jubón requería tres varas de paño, más la seda para mangas y cuello, en su caso, y, para guarnecer y forrar, dos varas de lienzo de olanda, dos de lienzo basto, media onza de seda torcida y una libra de algodón. Los elementos de garnición y forro venían a costar entre 160 y 190 mrs.

Maestro albañil o carpintero, 25 mrs. por jornada
 Peón albañil o carpintero, 10 a 15
 Montero u «hombre labrador», 8
 Una carreta, por jornada, 25 (llena) / 12.5 (vacía)
 Una acémila, por jornada, 12 (llena) / 6 (vacía).

Personas mencionadas en la cuenta de Tordesillas

Juan de Cortés, portugués. «Que anda en la mi cámara». Guarda del rey.
 7.350 m. en diversas mercedes,
 3 varas de terciopelo y 10 de paño «para su vestuario».
 Vasco Gil de Silvera, doncel del rey.
 600 m. de ayuda de costa.
 Juan de Oviedo, doncel del rey.
 Francisco de Valdés, maestresala,
 50.000 mrs.,
 6 varas de terciopelo.
 García de Sesé, maestresala,
 12 varas de paño de Ruán,
 9.5 varas de seda «tapete»
 Fernando, contador de la despensa del rey.
 3.000 m. a cuenta.
 13 varas de paño y 4 de sedas.
 Pedro de Arévalo, despensero real.
 Alvar Rodríguez de Mansilla, copero del rey,
 3.000 m., para comprar una mula. Otros 1.000 m.
 Juan Muñoz, repostero de camas del rey,
 un bonete prieto doblado.
 Martín de Haro, navarro, repostero de camas del rey,
 11.820 m. de merced «para su costa».
 8 varas de paño de Brujas.
 Diego de Villareal, repostero de camas del rey,
 3 varas de Ruán.
 2.5 varas de seda terciopelo.
 Alfonso Bravo, brasero del rey,
 2.320 m. de merced.

Porteros de cámara

Juan de Gorniel
 Diego de la Puerta
 Pedro de Atocha
 García de Arévalo
 Alfonso de Sahagún
 Alfonso Barrasa
 Martín de Toledo

Caballeriza

Diego de Barrasa, caballerizo real
 García de Valeazar, criado del rey y mozo de espuelas
 6.000 mrs. 10 varas de paño y 3 de seda «para sus desposorios»
 Luis Muñoz, hijo del repostero de camas Juan Muñoz
 1.200 mrs., 4 varas de paño y 4 de seda, para vestuario

Mozos de espuelas

Alfonso de Villanueva,
1.000 mrs. de merced.
Alfonso del Pinto y Diego de Ribera,
12.000 mrs. para que se puedan «encavalgar».
Tristán y Juancho, vizcaínos,
3.600 m. para vestuario.
Presentado uno por Alonso de Herrera y otro por Andrés Cabrera

Otro personal «que anda en la caballeriza»

Alonso de Toledo, o Alonsillo, «el mudo», «que me dio Francisco de Palencia, mi capellán, que mandé bevir conmigo»,
343 m. y 7 varas de Ruán menor, para vestuario.
Fernando de Urna, cuidador de osos.
Pedro de Segovia, mozo de alanos.

Otras personas

Don Fernando de Portugal, comendador de las tiendas,
5.600 mrs., 8 varas de paño de Ruán y 2,5 de accituní.
Juan Guillén, comendador,
8 varas de paño de Brujas.
Fray Alonso, limosnero real.
Rodrigo de Torres, vasallo del rey,
1.000 m.
Pedro Gómez de Porras, vasallo del rey,
3.000 m.
Juan de Briviesca, vasallo del rey,
3.000 m.
Juan Correa, criado del rey,
8 varas de paño de Londres y Brujas.
Diego de Badajoz, criado del rey.
Francisco de Avila, criado del rey.
Juan Gallego, criado del rey.
Francisco de Avila y Gonzalo de Quesada, criados del rey,
4.200 mrs.
Gonzalo de Quesada, criado del rey, hijo de Fernando de Quesada,
5.000 mrs. para un caballo.
Rodrigo de Morales, antiguo criado del conde de Ledesma, «que mandé bevir conmigo» (diciembre 1462).
9.000 mrs., 8 varas de paño de Ruán y 3 de terciopelo.
Francisco de Valdés,
8 varas de paño de Ruán.
Alonso de Zamora, «mi ombre de pie»,
560 mrs.
Rodrigo el loco, al cuidado del repostero de estrados Ochoa de Çurbano,
1.000 mrs. para vestuario.
Gonzalo Lorenzo, copero de la reina,
9 varas de paño y 3 de seda.
García Rodríguez, joyero de la reina.
García de Angulo, portero de cámara de la reina,
8 varas de paño, 3 de seda y 8.000 mrs. «para sus bodas».

Personas enviadas con cartas del rey

Sancho de la Peña, alcaide de Molina, en. mar. jun.
Fr. Alonso de Villarreal, guardián del monasterio de San Francisco de Madrid, en.
Rodrigo de Espinosa, montero de guarda, en.

Pedro de Gomiél, portero de Cámara, en.
 Juan de Villegas, vasallo del rey, abr.
 García de Badajoz, secretario del rey, abr.
 García de Arévalo, portero de cámara, ag.
 Diego de Toledo, cerero, ag. (a Soria)
 Bachiller Juan de Segovia, vec. Segovia, ag.
 Juan de Burgos, «hombre de pie», ag. (a Sevilla)
 Pedro de Sevilla, criado real, sep. (al arzobispo de Zaragoza)
 Martín de la Reyna, sep. (a la reina, a Aranda)
 Rodrigo de Tordesillas, guarda real, sep.
 Juan de Huerta, de la caballeriza real, oct.
 Rodrigo de Mansilla, portero de cámara, oct. nov.
 Martín de Toledo, portero de cámara, oct.
 Alfonso de Villalón, escudero de pie, oct.
 Juan de Agreda, oct. (a Tudela de Navarra)
 Fernando de Tordesillas, copero real, nov.
 Gonzalo de Córdoba, ballestero de caballo, nov. (a Gibraltar)

Menciones a secretarios reales

García de Badajoz
 Diego de Zamora
 Garcí Méndez de Badajoz
 Pajes, trompetas y tambores

Paje de la lanza del rey

Pareja,
 400 m. 4.5 varas paño

Trompetas del rey

Pedro de Revenga,
 2.600 mrs.
 Alfonso de Medina,
 10 enriques de oro.
 Alfonso de la Carrera

Tambor del duque de Medina

Pedro Durán,
 1.680 mrs. merced
 Monteros, ballesteros, escuderos, esclavos

Monteros del rey

«Mis monteros de guarda, que duermen continuamente a la puerta de mi cámara»:

Gómez de Prado
 Pedro de la Lama
 García de Espinosa
 Rodrigo de Espinosa (en Valsain, con Pedro de la Plata)
 8.600 para una cama (4 colchones, 2 sábanas, 2 colchas, 2 mantas, un almofre de picote, guarnecido con sus cueros)
 Pedro de Espinosa

Otros monteros

García de Llerena
 Juan de Llerena
 Pedro de Zorrilla
 Juan, hijo de Gonzalo Ruiz

Pedro, hijo de Gonzalo Fernández
Antón de Pineda
Juan, hijo de Juan de Ulerena
Monteros de caballo del rey

Diego de Valderrábano, montero mayor (sirve con dos lanzas)
Diosdado (dos lanzas)
Pedro de Pelligeros
Pedro de Rosales
Lope de la Dehesa
Alonso Poyán
Lope de Sanabria,
32.800 mrs.
16 varas de paño de Brujas
Juan de Espinosa (en La Adrada)

En Valsain

Junto con otros 16 monteros de a pie:

Diego de la Plata
Juanchito de Oleyrtan
Andrés de Villalobos
Andrés de Contreras
Mateo de Soguino

Además, en una nómina de 12 de diciembre, de pago «en socorro» a monteros de caballo, se incluyen estos nombres:

Alfonso de Prena (¿Pereña?)
Gonzalo el Romo
Antón de Ledesma
Sancho de Pedrosa
Andrés de Villalobos
Juan Vicente
Alfonso Cachorro
Juan Sandino
Diego de Pliego
Juan de Molineras
Juan de Prena (¿Pereña?)
Juan de Cuerva
Diego Ferrandes del Río

Ballestero de maza del rey

Juan Rodríguez de Toledo

Ballesteros de caballo del rey

Gonzalo de Madrigal
Juan de Cuerva
Luis de Boças
Nicolás de las Navas
Miguel Rodríguez
Diego Gil
Gonzalo de Vega
Gonzalo de Córdoba
38 varas de paños, 9 de seda, 15.800 mrs. por diversos conceptos

Juan de Córdoba, alcaide de El Pardo

Socorro de 300 mrs. a 37 ballesteros de caballo, a cuenta de su sueldo...
11.100 mrs. (12 de diciembre). Figuran, además de Luis de Boças y Diego Gil:
Juan de Lara, el viejo

Juan de Lara, su hijo
 Diego de Lara
 Juan Ramirez
 Alfonso de la Puebla
 Juan Gutiérrez
 Velasco Nuño
 Alfonso Tabuyon
 Andrés de Ledesma
 Francisco de Torres
 Pedro de la Copa
 Pedro de Lucena
 Luis Manso, el viejo
 Juan de Sahagún
 Alfonso Engorrado
 Juan de Medina
 Alfonso Girón
 Diego de Madrigal
 Alfonso Relinchón
 Gorvalán
 Juan Muñoz
 Pedro de Valdevieso
 Juan de San Martín
 Pedro González de Sahagún
 Luis Manso, el mozo
 Fernando de Azereda
 Juan de Zamora
 Pedro de Fontiveros
 Fernán Jiménez
 Juan de Salazar, el viejo
 Alfonso de la Fuente
 Cristóbal de Villalón
 Juan de Villalón
 Alfonso Muñoz
 Juan de Burgos

Escuderos de caballo del rey

Ferrán Rodríguez Gentil:
 8 varas de paño de Ruán
 Fernando de Lamadrid

Esclavos del rey

Pedro el negro
 Catalina, su mujer
 Gutierre y Perico, negros
 Juanico de Málaga
 Mahomad de Granada (huído de Granada el 2 de octubre, con un alfaqueque)
 Ali
 Fernando de Steril
 Juan de Medina
 Haxa
 Cayde
 Juan de Valladolid
 Gonzalo de Tarjara
 Juan Blanco («moro negro», huído a Aragón el 1 de junio)
 Mantenimiento, a 7 mrs. por persona y día. --Compra mensual de un par de pañetes y un par de zapatos para cada uno . Dos capas y dos sayos o sayas anuales a cada uno, de paño de Segovia, y dos camisones por persona, de «lienzo basto»

Caballeros de la capitania de Ferrand Carrillo

Son 80 «lanzas», a 300 mrs. «de socorro» cada una... 24.000 mrs.
8 varas de Ruán y 6 de terciopelo a Ferrand Carrillo
Ferrand Carrillo, capitán y
Diego Carrillo, su hermano (sirven con 6 lanzas)
Comendador Luis de Manjarres (sirve con 4 lanzas)
Lope de Avellaneda, y
Diego de Avellaneda, su hermano (sirven con 5 lanzas)
Comendador Juan de Pareja (sirve con cinco lanzas)
Fernán Pérez de Montemayor (3 lanzas)

Sirven con dos lanzas cada uno

Juan de Aranda de Alcalá
Diego de Corvera
Fernando de Quesada
Garcí Vázquez
Alfonso Verdesoto
Diego Fernández de Córdoba
Diego de Aguayo
Diego Nieto
Juan del Real
Alfonso de Alva
Alfonso de Horeajo
Diego de Cepeda
Juan Pérez de Vergara
Pedro de Lora
Luis de Tovar
Juan Ginés
Fernando de Salamanca
Sancho de Cuesta

Sirven con una lanza cada uno

Sancho de Carranço
Pedro de Rincón
Juan de Hurtado
Pedro Xarez
Juan de Villegas
Alfonso de Villalobos
Juan de Aranda
Pedro de Paz
Juan de Argüello
Diego Ortiz
Antón de Córdoba
Juan de Madrid
Juan de Rueda
Lope Mexia
Fernando de Madrid
Alfonso de Centina
Alfón de Segovia
Alfonso de Barrasa
Hurbano de Barrasa

Caballeros moros y moriscos de la guardia del rey

García de Jaén, capitán del rey
El «infante moro Mule Mahamed»
Alonso Barrasa, morisco

Ali el negro
 Jamet Jacob
 Juan de Tordesillas el negro o el morisco
 García de Alcalá
 Maçote, «moro negro», presentado por el conde de Cabra, que había sido del infante moro, hijo del rey de Granada.
 Farax Dimen
 Hamete de Cambil
 Mahomad de Talavera
 Yuçaf, su escudero
 Main Quevi
 Alonso de Granada
 Ali Caçor
 Pedro de Aguilar
 Francisco de Miranda
 Juan de Alcalá, el negro
 Gonzalo de Baeza
 Luis Pernia
 Muley Duldaque, «primo del caudillo»
 Hamete Alamin
 Çayde de Alixir
 Juan de Ximena
 Pedro de Antequera

Gastos de estos caballeros:

Compra de caballos, pares de corazas, capacetes con sus haberas, paños verde gay y turquí para forrarlos, «daragas vacunas»... 50.195

Para «encavalgar e dar armas e vestuario» al «moro negro» Maçote: 5 varas de Londres turquí para un capuz, 7.5 de Ruán menor para un pelote, un jubón, un par de calzas y una caperuza. 4.250 por un caballo, 1.265 por la silla jineta, las espuelas moriscas, la espada, la lanza, una adarga cubierta de colorado y verde, un par de boreceguies y un par de zapatos.

8.000 mrs. para un caballo y 12 varas de paño al capitán García de Jaén.

5 varas de grana morada, 3 de Ruán mayor amarillo y 3.5 de seda aceituni de labores prieto al infante Mule Mahamed.